

TRIPLE CENTENARIO

Discursos leídos en la solemne sesión pública
celebrada el domingo 5 de marzo de 1967

I.—EL PINTOR MARCELIANO SANTAMARIA

POR FRANCISCO DE COSSIO

II.—EL ESCULTOR MIGUEL BLAY

POR ENRIQUE PEREZ COMENDADOR

III.—EL ESCULTOR ANICETO MARINAS

POR JUAN DE CONTRERAS, MARQUES DE LOZOYA

I.—EL PINTOR D. MARCELIANO SANTAMARIA

Los centenarios de los nacimientos, por la proximidad a los seres eminentes que han merecido este homenaje, casi pueden reducirse a una entrañable conmemoración. Somos muchos quienes convivimos con estos hombres, y si en el momento de su óbito surgió la necrología, aún viva y caliente, al correr de los años su recuerdo se encuentra en una zona de transición, en la que gravita el pasado, en colisión con los gustos, los modos y las modas del presente.

Tan sólo en el curso de varias generaciones llega a consolidarse la fama, y así podemos afirmar que por un escalonamiento de juicios llegamos a hacer un análisis sereno del pretérito, tanto por lo que respecta al personaje como a sus obras. A veces la estela de la vida de un gran hombre se pierde en un Guadiana espiritual para aparecer en la superficie pasados muchos años como en un descubrimiento maravilloso, que, pese a los avatares del olvido, justifica esa constante de las artes y de las letras, ya que, sin el apoyo de lo que fue, lo llamado nuevo y lo moderno, con cierta petulancia de inventores gregarios, no podría existir.

Son importantes, sin embargo, estos recuerdos próximos, y volver nuestra atención a quienes conocimos y tratamos y a los que por sus obras fueron objeto de nuestra admiración, estima y enseñanza.

Tal es mi actitud en estos momentos al conmemorar el centenario de D. Marceliano Santamaría y refugiarme con la nostalgia, en su tiempo, en los comienzos de este siglo, cuando se empezaban a afirmar ciertas tendencias que desdeñaban la pintura de historia y la explosión del impresionismo empezaba a adormecerse sobre los pasados laureles para resucitar y revivir más tarde. Una época de transición, como ha habido tantas en la historia

del Arte, ya que el proceso del pensamiento y la sensibilidad, en el curso de los siglos, cambian hacia nuevos postulados. Mas sin pasado, sin memoria para juzgar el pasado, lo presente no tendría sentido.

Don Marceliano Santamaría, nacido hace un siglo, empieza su indeclinable vocación de pintor, que le acució de niño.

Ya se inicia su gran aptitud en el año 92 del siglo pasado con un cuadro cuyo título literario, inspiración del tema, corresponde a la pintura narrativa: "Entierro de una niña".

Su primer cuadro de historia representa un gran esfuerzo para quien aspiraba a un puesto preeminente en la pintura española: "El triunfo de la Cruz", tela de grandes proporciones, a la memoria de Alvar Núñez de Lara en la batalla de las Navas de Tolosa.

En la Exposición Nacional de 1906 presenta tres cuadros sobre Castilla en el pretérito que afianzan su personalidad e incrementan sus trofeos artísticos no sólo en el ámbito español, en Madrid y Barcelona, donde obtiene el año 94 el diploma de honor y en 1901 medalla de clase única en la Exposición Internacional de Chicago. Dejo aparte las sucesivas medallas, en la Nacional de Madrid, hasta conseguir la medalla de honor.

Don Marceliano Santamaría ingresa en la Academia de San Fernando el 10 de febrero de 1913. Sucedió en el sillón académico al pintor Américo, muy distinguido artista que trabajó en la fábrica de tapices y que se agrupó, a finales del siglo XIX, con los grandes pintores de historia. Antes de que Santamaría ingresase en la Academia, Américo le vaticinó un futuro de gran pintor, como asimismo en sus comienzos su maestro Domínguez, quien le tuvo por discípulo predilecto. Ante el resultado de los trabajos del joven Santamaría el Ayuntamiento de Burgos le otorgó una pensión para Roma, donde perfeccionó sus impulsos pictóricos estudiando la gran lección del arte italiano.

Mas Santamaría no sólo fue pintor, sino conversador y conferenciante. Su retórica tenía mucho de visual; podríamos decir que su palabra era pintura también. Y que la luz y el color de su tierra natal constituían en su espíritu un descubrimiento que había de expresar no sólo con sus pinceles, sino con su garganta y sus labios. Así, una conferencia que desarrolló en

Madrid, en el Casino de Clases, sobre los orígenes del Arte, tema que abordó asimismo en su discurso de recepción de la Academia.

La Castilla de Santamaría no era propiamente la Castilla del páramo, árida y plana, con caminos ondulantes en la llanura, pueblos con casas de adobe y paja y apenas sin árboles y sin verdura. La Castilla, en suma, de los castillos, cuyas torres otean horizontes sin fin. Esta Castilla impresionó a los escritores de la llamada generación del 98, quienes influyeron no poco en la plástica del momento y de la que encontramos el ejemplo más claro en los paisajes del pintor García Lesmes, el pintor de los rastros amarillos, de los cielos luminosos y de los horizontes que se pierden en una curva, que viene a demostrarnos que aquel paisaje no tiene barreras y que la tierra es redonda. A pintar este paisaje acudieron pintores del norte de España, y aun de Andalucía y de Levante, y muchos extranjeros, entre turado de los verdes de Jamaica y los habitantes negros de aquel país, los que debo citar a dos grandes pintores ingleses: a Lewis, que llegó sa- y ante la tierra de Campos dijo que purificaba toda su pintura tropical bañando los ojos y la piel en la luz de Castilla, y Cristhofer Hall, que de Andalucía, de la ciudad de Alcalá de Guadaira, saltó a las tierras de Castilla y durante mucho tiempo vivió en una casa aldeana de Tordesillas.

Marceliano Santamaría se reveló en una Castilla más amable y más verde, donde la tierra se humaniza apaciblemente, presintiendo que unas montañas próximas levantaron una barrera que corta el horizonte.

Y dentro de este ámbito natural no sólo pintó muchos paisajes, apenas sin anécdota o argumento, sino otros que le sirvieron de escenario para un episodio épico o campesino. El paisaje al servicio de la Historia o del tema social. De una batalla o de una escena pueblerina. Mas en estos paisajes D. Marceliano Santamaría, aun más que por la forma, por el tema o por la anécdota, se dejaba arrastrar por la luz y por el color.

Le conocí a D. Marceliano en mi juventud, cuando ya era él un hombre provector, y, tratándole, advertí hasta qué punto el móvil de su arte era la exaltación. Me parecía un artista inflamado de entusiasmo. Trató en la pintura todos los géneros, y, en el curso de su dilatada vida, ni un solo día, mientras hubiese luz, dejó de pintar. Ultimamente en invierno, en su

estudio, se dedicaba al retrato. En un cómputo estadístico que se ha hecho del número de retratos pintados llega a seiscientos. Ya viejo, la primavera y el verano los dedicaba a salir al campo, como un cazador, a pintar paisajes. Mas de poco serviría esta actitud constante si no estuviese en cada momento inflamado de entusiasmo. El móvil de su pintura era una exaltación permanente. Abordó en sus lienzos todos los géneros, y oyéndole hablar nos parecía que siempre estaba preparándose a pintar o que estaba pintando. Vivió su dilatada vida sumergido en pintura, y en esta actividad llegó a escalar cimas que eran patente de maestría. Tuvo cerca de sí a los grandes maestros del XIX. Aún en su segunda juventud llegaron a él las fórmulas “modernistas”, con toda la influencia que a principio de nuestro siglo ejerció la literatura en la pintura. Mas D. Marceliano Santamaría siguió hasta la muerte invulnerable, sin afiliarse a ninguna tendencia ni escuela y afirmando su personalidad a la sombra de un espíritu independiente e insobornable.

A Burgos, su ciudad natal, que está a punto de inaugurar un museo con su obra, entregó la inspiración y el trabajo.

En los paisajes y en la riqueza monumental de la ciudad buscó su inspiración, y tuvo el noble orgullo en su senectud de verse proclamado hijo predilecto de la ciudad. En aquel recinto lleno de recuerdos de su vida supo fundir su espíritu.

Le conocí siendo yo muy joven, mereciéndome el respeto y la admiración que se debía al que yo juzgaba un maestro. Pasados los años tuve con él diálogos breves, con pausas en el tiempo, y así puedo afirmar que, al margen de su obra artística, como carácter personal le encontré siempre amable y enérgico, fiel a sus principios y convicciones, y en los últimos años de su vida con la figura de un viejo hidalgo castellano, con la mano diestra entreabierta, como si esperase tomar un pincel, más que para pronunciar, para pintar sus palabras.

Ha representado para mí una satisfacción el haber sido designado para trazar una apología de tan excelente pintor en el centenario de su nacimiento, y aún más, el honor de hacerlo en este recinto de nuestra Academia, tan cargado de nombres eminentes y de recuerdos insignes.